



Presentación del libro de aforismos y microficciones, Tierra de nadie, en el Gabinete Literario de Las Palmas de Gran Canaria.

El acto se celebró en el Gabinete Literario y los presentadores de la obra fueron el doctor en Literatura, Antonio Becerra, y el editor Jorge Alberto Liria.





LIBRO

Estaba todo el santo día haciendo dibujos en la arena de la playa. Eran verdaderas obras de arte que la pleamar destruía insensible en un par de minutos hasta no dejar ni rastro. Le decíamos que por qué no plasmaba esas creaciones en un lienzo. Él nos miraba, se reía y se bañaba tranquilamente en las olas que acababan de destruir su arte. Yo creo que Heráclito no lo habría hecho mejor.

Ella sí te quería. Cuando te fuiste pensó que la habías dejado para siempre. Estuvo fatal, en psicólogos y todo eso, y al final terminó por meterse de misionera. Ahora creo que anda por África. No, yo no lo di el mensaje que tú me dejaste para ella. Tampoco me preguntaste si yo era un sádico.

Cojea porque intenta engañar al tiempo en cada paso.

No eres tú el que cuando miras a tu perro piensas y razonas. Lo que sucede es que él prefiere callarse para no herir tus sentimientos. Hasta en eso se ve que daría la vida por ti.

Gregorio Samsa se despertó con una resaca espantosa y prefirió seguir durmiendo antes que abrir los ojos y encontrarse desmejorado. En la última resaca se había sentido como una cucaracha y lo había pasado fatal.

Shilton no sabía lo que se le venía encima cuando Maradona paró el balón con el pecho en el centro del campo. Estaba lejos de su portería, había muchos defensas por delante y él estaba pensando en aquella niña rubia con la que corría por la campiña inglesa, “¿cómo se llamaba?” No tuvo tiempo de nada, cuando se quiso dar cuenta el balón estaba dentro de su portería y Maradona corría como un dios griego celebrando el tanto. Fue la segunda aparición de dios en el mismo partido. Shilton ahora es panteísta y de aquella niña nunca pudo recordar el nombre. Sólo recuerda que llevaba un suéter amarillo y que todo había sido muy rápido.

A lo mejor es lo que he soñado siempre. Es como si todas las huidas de mi vida no tuvieran más sentido que los posteriores reencuentros, y juro por dios y por mis muertos que nunca quise ser Ulises, y que tampoco soy de Ítaca.

El chico quería convertirse en el mejor lanzador de penaltis de la historia del fútbol. Desde los siete años tiraba una media de dos mil penaltis al día, y la verdad es que con el tiempo logró que fueran imparables. Tenía veinte años y nadie le daba la posibilidad de demostrar su técnica depurada. Se había especializado demasiado, pesaba ciento treinta y cinco kilos y los entrenadores le decían que no era posible incluirlo en

ninguna alineación. No tenía fuerza física, ni técnica, ni visión de juego, ni nada de nada. Sólo sabía tirar los penaltis sin tomar carrerilla y poner el balón en cualquiera de las dos escuadras. Posiblemente era el mejor del mundo, pero no pudo jugar ni en equipos aficionados. Acabó alcohólico, estuvo durmiendo por las calles, y al final dicen que se suicidó tirándose del puente de Silva. Eso sí, cayó poco a poco y con suavidad, como el penalti de Panenka.

Cuando llegue el momento sólo conservarás en tu memoria esta imagen de la roca encendida por el último sol de la tarde.

Todo está en el mar, también las palabras.

La arena que tú pisas ya ha sido deshecha antes por el tiempo.

Ese niño que corre por la orilla detrás de las gaviotas es tu pasado que viene a invitarte al recuerdo.

Las olas iban y venían, pero jamás cometían la torpeza humana de salir del agua.

Tarde o temprano subirá la marea a anegar los castillos que creíamos eternos.

No creas que eres el único héroe en esta historia; también los peces han aprendido latín para salvar su pellejo. Si te sumerges en el mar los escucharás declinando quedamente las burbujas del tiempo.